

tierra, ó pellizcándote, ó haciendo algunas obras de mortificación, penitencia y caridad.

182. Considera cómo el Niño Dios todos los años subía una vez con su Madre santísima al templo de Jerusalem, en donde hacía oracion por los pecadores. Considera cómo en estas ocasiones se esmeraría nuestra Señora en llevar á su Hijo santísimo aseado, y aunque pobre, limpio y aderezado con cuanto pudiesen alcanzar sus fuerzas. Piensa que por aquellos caminos el Niño se llevaba tras sí los ojos de todos por su rara hermosura, y que todos le echarian mil bendiciones, diciendo: bien haya tal Niño, y la Madre que tal parió! ¡Bendito sea Dios, que tal hermosura crió! Y volviendo á la Madre santísima, viendo aquella singularísima hermosura junta con la mayor modestia y compostura que jamas tuvo pura criatura, dirian todos, llenos de admiracion, y encendidos en devocion: ¿pues y la Madre no reparais? ¿Habeis visto cosa tan modesta, tan honesta, virtuosa y santa? Todo nuestro interior se compunge solo con verla. ¡O bendita sea la Madre, y bendito sea el Hijo! ¿Y con esto te parece á ti que se podrian contener las piadosísimas entrañas de Hijo y de la Madre? ¿Te parece que podrian oír aquellas bendiciones, sin corresponderles con las suyas? ¡O qué de riquezas iban esparciendo por aquellos caminos! A unos dolor de sus pecados: á otros fervorosos actos de amor y esperanza: á otros inspiraciones y auxilios de gracia y luz divina: á otros devocion y recogimiento interior; y á todos conforme hallaban la capacidad de sus almas. ¿Piensas tú que con estos favores irian solos tus Señores, y que aquellas gentes se apartarian un punto de su compañía? No lo creais, porque todos irian absortos y compungidos, rezando salmos y divinas alabanzas; que estos frutos debes tú pensar que hacia en las almas el Señor y su Madre cuando salian. Lo que has de hacer es acompañarlos: adonde fueres, llévalos siempre contigo en tu consideracion, sin apartarte jamas de tan santa compañía: lleva en tu corazon y lengua sus alabanzas, que yo te aseguro, que cuantas veces digeres: *bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el Fruto de tu vientre Jesus*, otras tantas recibirás en retorno las bendiciones del Hijo y de la Madre.

MISTERIO QUINTO.

Del Niño Dios Perdido, y hallado en el Templo.

183. CONSIDERA cómo nuestra Señora en una ocasion de estas, siendo ya de doce años el Niño, lo perdió en Jerusalem, y fué de esta forma: que habiendo celebrado la fiesta, y hecho oracion en el templo, el día que se habia de volver, como era costumbre de aquella gente, salian por una puerta las mugeres, y por otra los hombres, y así apartados caminaban todo aquel día hasta la noche, y entónces se juntaban las familias. Sucedió pues que al salir del templo, el Niño Dios se ocultó de la vista de su Madre santísima, y del señor San Josef; y cuando nuestra Señora salió que miró por él, como no le vió, juzgó que se habia ido con los hombres en compañía del Santo; y el Santo, que tambien tenia cuidado del Niño juzgó que iba con su Madre. De esta manera caminaron todo aquel día; que á buen seguro que á nuestra Reyna se le haria un siglo. Llegaron á la noche, y cuando María santísima vió que no venia con San Josef el Niño, y supo del santo que no le habia visto en todo el día, fué bien necesario un especialísimo auxilio de Dios para no caerse muerta de pena. ¡O Dios mio y Padre eterno clementísimo, que me habeis dado á vuestro Hijo, y yo me descuido en guardárosle! (diria exclamando de lo mas profundo de su alma nuestra Reyna) ¡O Señor y Dios mio, que lo perdí por mi descuido! ¡O altísimo Dios, y poderosísimo Rey mio! confortad mi alma en tan grande tribulacion. Atended, Padre mio dulcísimo, que desfallece mi corazon asaltado de repente de una tan impensada fatiga. ¡O Señor, usad de vuestras misericordias con vuestra esclava, y decidme: ¿en dónde está mi esperanza y todo mi bien? ¿En dónde está mi vida y todo mi consuelo? ¿En dónde podré hallar al Hijo de mis entrañas, y á mi Dios ausente y perdido? ¡O amantísimo Hijo mio! ¿Qué os habeis hecho? ¿Adónde os fuísteis, dejándome sola y desamparada? Bien sabeis que esta es la primera vez que me hallo sin vos, despues que me hicisteis vuestra Madre. Dios verdadero sois, y sabeis que sin vos es impo-

sible que viva. ¿Pues qué haré? ¿En dónde os buscaré? Angeles santos, ayudadme en este trance, y socorredme en este aprieto: mirad que os conjuro de parte de vuestro Creador, que me busqueis á mi Señor, y si lo halláreis, me deis aviso, para que yo le busque y le halle. Estos y otros clamores diria nuestra Reyna, afligida con inmensa pena, porque sabia bien lo que era tener á Dios, y perderle. Llégate á tu Señora, y ofrécete á buscarle en su compañía, y mira no la deges hasta que le halles, que por último ha de venir á hallarlo; y si tú te hallas en compañía de esta celestial Reyna, tambien le hallarás, aunque le hayas perdido por tus culpas y pecados.

184. Considera cómo sin mas dilacion partió la divina Señora por todas las casas de aquel lugar, en donde llegaron, y por todas las posadas fué preguntando: preguntó tambien á todos los parientes y conocidos, y á todos los demas; y como no halló persona alguna que noticia le diese, creció grandemente su dolor y desconsuelo. Considera, cómo á la misma hora, de noche, volvieron hácia Jerusalem, cada uno por distinto camino, hechos un mar de angustias sus corazones, y fuentes de lágrimas sus ojos. Pregunta aquí por el sueño y por el descanso de un dia de camino: pregunta por el miedo y temor; ¿y cómo una tierna doncella, Virgen purísima, se va de noche por un camino? ¿En dónde está el temor y miedo de la noche? Si tú preguntares estas y otras muchas preguntas, te responderán, que no sabes qué es amar á Dios, y hallarse sin Dios amado de veras. Caminó toda aquella noche nuestra Señora por el camino de las mugeres, y el Señor San Josef por el de los hombres. Piensa tú qué diligencias iria haciendo: si dejaria rincon ó mata que no mirase, llamando á su dulce Jesus, ¡y con qué ternura y lágrimas! En encontrando á alguno, ¡con qué ansia llegaría á ver y preguntar! Juntáronse en fin al amanecer á las puertas de Jerusalem los dos mas afligidos esposos que ha habido en el mundo. Aquí juzga tú con piadoso ánimo, que no lo tuvieron para preguntarse el uno al otro si lo habia encontrado, ó habia hallado noticia; porque las lágrimas y los semblantes tristes hablaban sobradamente para poderse entender, y mientras se abrian las puertas no pienses que se sentaron allí, ni descansaron, que dieron vuelta á la ciudad; pero en vano.

185. Considera cómo María santísima y el Santo Josef, así que abrieron las puertas de la ciudad, se fueron derechos al

templo: no dejaron parte en él que no buscasen, ni persona á quien no preguntasen. Pasaron todo aquel dia, y nadie les dió noticia. Fuéronse por las calles y plazas preguntando de puerta en puerta, y la noche siguiente por los portales y casaspuestas, por el pórtico del templo, y otros parages, y así estuvieron esta noche: con que ya son dos dias y dos noches. Al dia siguiente ya nuestra Señora estaba tan muerta de la pena, que daba grandísimo dolor á cuantos llegaba á preguntar; y muchas piadosas mugeres es de creer que compadecidas de su pena le preguntaban con aquellas palabras de los cantares: decidnos, Señora, ¿cuál es vuestro Hijo? Dadnos sus señas, y os lo ayudaremos á buscar. Daba las señas nuestra Reyna, y con cada una un suspiro del mas profundo centro de su alma. Mi Hijo (decia la soberana Princesa,) mi Hijo es el mas hermoso de los nacidos, blanco y rubio, escogido entre millares: su cabeza parece de oro, sus manos de cristal torneado, sus dientes de marfil, sus ojos de paloma, su cuello de alabastro, y todo él es un renuevo milagroso de la humana naturaleza, hechura milagrosa de la omnipotencia de Dios. ¡O la mas hermosa de las mugeres! (le responderian) razon teneis en sentir tanto su pérdida. Así se despedia la santísima Virgen, dejando señas en todas partes, y en esto se le pasaron tres dias naturales sin comer, ni beber, ni dormir, ni sentarse, ni descansar, como la divina, Señora se lo reveló al beato Alano. Atiende tú por aquí, cómo el Señor atribula á su Madre: mira si la estimaba y la queria; y con todo la pone en tantos aprietos, tribulaciones y trabajos. Abre los ojos, y considera aquella verdad tantas veces repetida en la escritura: que Dios, á quien ama, castiga y atribula. Consuélate tú si eres atribulado; y teme si te falta la tribulacion.

186. Considera cómo nuestra Señora pasados los tres dias, viendo que en Jerusalem no lo hallaba, estuvo pensando si acaso el Niño se habia subido al cielo, acosado con las humanas ofensas; pero luego volvía, y decia entre sí: ¿pues no me habia de dar parte mi Hijo? Eso no lo creo de su bondad y amor. Pensaba si le habian preso sus enemigos, y lo tenian oculto en alguna cárcel: pero volvía luego y decia: ¿pues hay cárcel para Dios? ¿Hay prisiones que le impidan el dejarse ver de una alma que muere por él? Pensaba si acaso habian sabido que aquel Niño era el que quiso matar Heródes, y en secreto le habian quitado la vida: pero luego

volvía y decía : no, que mi Hijo ha de predicar al mundo, y su muerte ha de ser de infamias y afrentas públicas. Pensaba si acaso había encontrado otra criatura mas pura y mas humilde que nuestra Reyna ; y si acaso se había ido á descansar con ella, cansado de las imperfecciones de su Madre ; ó si se había ido al desierto á vivir con el Bautista en soledad y penitencia ; y este pensamiento, como se fundaba en la profundísima humildad de nuestra Señora, haría mas operacion en su alma : y así dicen muchos, que llevada de un deseo de pasarse al desierto, á ver si estaba con el Bautista, se fué á hacer oracion al templo, para ponerse en camino. Entró por el templo, oyó voces en el aula de los doctores, y entre ellas le pareció que oyó la del Niño Dios. Suspendió el paso, aplicó el oído, y se certificó de la voz de su divino Hijo ; y certificada, comenzó á respirar y desahogarse su santísimo corazón : fuése llegando con todo sosiego y prudencia, porque era prudentísima en todas sus acciones : asomóse, vió entre los doctores la Vida de su alma, el divino Hijo de sus entrañas. Aquí quédense las palabras, enmudezcan los ángeles, y callen todas las criaturas : porque ninguna de ellas, ni todas juntas son bastantes á explicar la grandeza del gozo que llenó el alma y corazón de nuestra Reyna. Saca de esta consideracion tres cosas que te serán muy necesarias en tus aflicciones : la primera, que tengas gran cuidado en no gobernarte por los pensamientos que se levantan dentro de ti en el tiempo de la tribulacion, porque de ordinario tienen su origen en la pasion propia : recurre con ellos á la oracion, como lo hizo tu Señora. La segunda, que conozcas en medio de tus trabajos la paternal providencia y bondad de Dios, que aunque muchas veces aprieta y carga la mano, en todo pretende el bien del alma, y en nada su perdicion ; y esto se conoce en que luego cuando ve que va flaqueando la miseria humana, entónces suspende el trabajo ; y así no desconfies, que es suma la providencia con que mira á los que padecen por él. La tercera ha de ser un desengaño grande de que nuestro Señor, cuanto mas quiere á los suyos, mayores trabajos les da ; porque como los elige para su gloria, y esta se mide por los merecimientos, y estos por los trabajos, siempre su Magestad los da mayores al que quiere para mayor gloria.

187. Considera cómo el Niño Dios, así que vió á su Madre, se despidió de los doctores con cortesía grave y hu-

milde, y se fué á sus brazos. Piensa tú aquí como los doctores quedaron admirados de las preguntas y repreguntas del Niño Dios, y todos hicieron un gran concepto de él, y le juzgaron lleno de luz divina y sobrenatural ; y en esta conformidad puedes piadosamente creer, que al salir del aula se fueron donde estaba nuestra Señora, y viéndola tan pobre, la preguntaron si aquel Niño era su Hijo, y de cuál de los doce tribus era ; y sabido que era su Hijo, y de la tribu de Judá, y vecinos de Nazareth, le digeron que si quería dejárselo, que ellos le enseñarian, y que con el tiempo saldria gran maestro y doctor de la ley. En este ínterin piensa como el Niño Dios le hablaria á su Madre al corazón, y le diria : no los creais, Madre mia, que son mis enemigos, y los que ahora me quieren hacer maestro me han de perseguir por mi doctrina. Con esta luz respondió nuestra Señora : este Niño, señores, es mi único descanso, y sin él no podré vivir. Oida esta razon, piensa que se fueron diciendo : ¡ mirad que lástima, que sea Hijo de esta pobre muger este Niño ! Allá se sepultará en Galilea, y se perderá : si fuera hijo nuestro, hiciera mucho en esta ciudad, y fuera un grande hombre. Así dejaron á nuestra Señora los soberbios despreciadores de la humildad. Bien pudieron entender, que quien siendo Niño los enseñaba, no necesitaba de sus escuelas para saber ; mas la soberbia y vanidad los tenia ciegos. Saca de aquí el despreciar los favores y ofertas mundanas, y escoger mas el retiro y la humildad que el aplauso y estimacion popular. A los hombres no los creas ; que por último sus favores se ordenan á quitarte á Dios : no lo alargues, porque sin él te pierdes : persevera en su servicio ; y cree que es mejor ser despreciado y desestimado con Dios, que vivir con estimacion en los palacios de los pecadores.

188. Considera cómo habiendose quedado nuestra Señora sola con su santísimo Hijo en el templo, y con el señor San Josef, abrazándolo tiernamente, estaría por un grande rato suspensa sin hablar palabra, porque la ternura maternal, y el gozo que tenía, no le daban lugar : mas volviendo en sí, sentada á los piés de su Hijo santísimo por un lado, y el señor San Josef por el otro, le habló dándole amorosas quejas : ¿ cómo así, Hijo de mi alma, me habeis dejado por tan largo tiempo ? ¿ En dónde habeis estado ? ¿ Qué habeis comido ? ¿ En dónde os habeis hospedado ? ¿ Y en qué os habeis ejercitado ? Decid, amor mio, y vida de mi corazón, ¿ no

habeis visto vos la tribulacion, la pena y dolor que nos habeis costado estos tres dias? ¿No visteis aquellas ansias mortales con que os habemos buscado, sin descansar ni de noche ni de dia? ¿Cómo pudieron esas entrañas de amor sufrir tanta pena en quien sabeis que os ama con toda su alma? Todas estas razones pueden pensar que le quiso decir nuestra Señora en aquellas pocas palabras del evangelio; y en la respuesta del Señor puedes tambien pensar que á todo respondió su divina Magestad, para enseñarnos á nosotros, respondiéndole á su Madre: ¿qué es lo que buscabais? ¿No sabiais que en estas cosas que son de mi Padre, no puedo faltar? Piensa bien en aquellas palabras. ¿Qué es lo que buscabais? Cómo quien dice: ¿me buscabais Hombre, ó me buscabais Dios? Como Dios nunca falté de vuestras almas y corazones, y allí me habiais de buscar, y conociérais que estaba en vosotros y con vosotros; y con eso queda respondido. A lo que me preguntais que en dónde estuve, y en dónde me hospedé, digo, que como Hombre, ¿no sabeis que tengo de asistir en el templo, que es casa de mi Padre, y en los egercicios que en él se hacen para honra y gloria suya? ¿Pues para qué me buscabais por los caminos, por las plazas y calles? ¿Para qué entre los conocidos, amigos y parientes? Al templo habiais de acudir, en la casa de mi Padre habiais de perseverar, puesto que de ella yo no podia faltar; y con esto respondo. A las otras tres preguntas: porqué os degé, qué comí, y en qué me egercité; en cuanto Hombre os degé, porque la voluntad de mi Padre se ha de anteponer á la de mi Madre, y mi comida es hacer la voluntad de mi Padre: con esto vivo y me sustentó, y mis egercicios son dar gloria y honra á mi Padre: todo lo que hago y obro es para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Piensa, devoto de nuestra Señora, y con alta consideracion pondera la doctrina del Señor, y aprende á buscarle dentro de ti. Cuando se te ausentare, no le busques en caminos, calles y publicidades, no entre los parientes y amigos, que no le has de hallar por ese camino: vete al retiro y soledad, frecuenta las iglesias, no para ver, ni ser visto, sino para frecuentar los sacramentos, oír misa y rezar; y á esto junta el hacer en todo la voluntad de Dios, y no la tuya: busca en todo su gloria, y no la tuya, y tú verás como le hallas: le hallarás sin duda; porque de estas cosas no puede faltar el Señor, porque todas son de su Padre, y to-

das son obras y egercicios de virtud, por la cual y por los cuales se halla á Dios.

189. Considera con el beato Alano de Rupe la respuesta que da el Señor á su santísima Madre acerca del dolor y pena con que le habia buscado: lo primero le dió á entender, que la tenia destinada para espejo de las almas, y maestra de las virtudes, y que para esto habia ordenado que padeciese tanto para hallarle. Como quien dice: ¿qué excusa pueden tener los pecadores para buscarme? ¿Cómo rehusarán el padecer para hallarme, viendo que vos, siendo mi Madre, me habeis hallado y buscado por tantas penas? ¿Si á vos os costó tanta amargura el hallarme, que en tres dias y noches no habeis comido, dormido ni descansado, y esto habiéndome perdido sin culpa; ¿qué será razon que le cueste á quien me perdió por grandes pecados y culpas? Atiende á esta respuesta, devoto, y mira si has perdido á Dios; y si le perdiste por tu culpa, mira qué trabajos te ha costado el hallarle, y por las penas, desvelos y dolor conocerás si lo has hallado, ó si aun lo tienes ausente: y si no te ha quitado el sueño ni la gana de comer el haberle perdido, teme mucho, y ocurre á la sacratísima Virgen María, elígela por maestra, y dile que te enseñe á buscarle.

190. Considera cómo tambien le dió á entender á su Madre el Señor con su respuesta, que sus angustias y dolores no los podia ignorar, pues vivia en su alma afligida y angustiada, y el amor que le tenia hacia comunes las penas, sus aflicciones le afligian, sus angustias le angustiaban, y sus dolores le atormentaban; pero como el amor que le tenia era eterno, y miraba á fines muy superiores, por esa razon la queria y encaminaba, no al descanso temporal, sino á la gloria eterna; como quien dice: cada pena, Madre mia, que se levantaba en vuestro corazon, me atravesaba á mí el alma; pero como sabia el gran premio y galardón que mi Padre os disponia por el penar, á trueque de veros despues en infinita gloria, toleraba mi amor el veros ahora por un poco de tiempo en excesivas penas. Piensa por aquí, como los trabajos que da el Señor á los suyos, son efectos de su infinito amor; y cuán cierta sale aquella verdad, que dice, que á los que ama, los castiga y aflige en esta vida. ¿A quién amaba tanto como á su Madre? Y al paso del amor, que era excesivo, á ese paso eran excesivas las penas y aflicciones con que afli-

gia á su santísima Madre. Consuélate, cristiano, si el Señor te afligiere.

191. Considera lo que nuestra Señora reveló á mi gran padre Santo Domingo, y al beato Alano: que habiéndole dado el Señor á su Madre todas las razones en respuesta de su amorosa queja, y habiéndole llenado el alma y corazón de gozo inefable con ellas, prosiguió diciendo: ahora, Madre mia, que ya me habeis dado parte de vuestras penas, y habeis oído los motivos que he tenido para dejaros padecer, quiero que sepais un secreto que pasa en mi alma, para que con eso se aliente vuestro corazón á padecer, que es la bienaventuranza de esta vida mortal: porque bienaventurados son los que en ella padecen por la justicia, verdad y virtudes. Sabed pues, Madre mia, que traigo tanta pena y tristeza en mi alma desde el instante que fui concebido en vuestras purísimas entrañas, que excede á todos los tormentos y penas que padecen los condenados en el infierno: y este tormento lo tengo de padecer por todo el tiempo de mi vida, hasta consumarla con la afrentosa y terrible muerte de cruz. ¿Quién puede ponderar el susto y la amargura que sobresaltó el corazón de nuestra Señora con estas palabras? De improviso se borró el gozo de haber hallado al Señor, y se trocó en una tristeza y aflicción incomparable. ¡O divino Señor! ¿Porqué en esta ocasión habeis manifestado á nuestra Madre santísima secreto tan doloroso? ¿No lo hubierais dilatado siquiera por los tres días de tormentos, que gozase otros tres de alivio, y no que luego la egercítis, y como quien le quita de la boca un bocado dulce, y le da uno amarguísimo así tan presto le trocáis en penas el gozo? Acaba de desengañarte, y saber que en esta vida aun los gustos de Dios, que vienen con mucha dulzura, duran poco; y si esto pasa con los de Dios, ¿qué puedes presumir de los del mundo? Conoce por aquí como unos y otros son anuncios de penas. ¿Da el Señor un gozo á tu alma? Ténlo por vísperas de una pena. ¿Te da el mundo sus gozos? Tenlos por vísperas de las penas eternas; y así trata de desnudarte de ti mismo, y vístete de sola la voluntad de Dios, teniendo siempre por sospechoso el gozar, y por camino seguro el penar.

192. Considera cómo la sacratísima Virgen (según reveló á mi padre Santo Domingo, y al beato Alano) deseaba en su interior saber la causa de tantas y tan rigurosas penas como el Señor padecía en su alma; y su divina Magestad respon-

dió á sus deseos en esta forma: ¿deseais, Madre mia, saber la causa de mis penas? Sabed que mi alma está totalmente anegada en mi divinidad, y mi voluntad criada está de todo punto transformada y abrasada en el amor de mi Padre; y como el alma le conoce digno de sumo amor y reverencia, viéndole ofendido de los hombres con cuasi infinitas ofensas, y cada una de ellas infinita; al paso que le ama con un amor inenarrable, á ese paso siente cada una de las ofensas con un sentimiento y pena inefable; y como no ignoro ninguna de las ofensas, ninguna hay que no lastime mi alma de por sí con infinito dolor; y como ellas de pensamientos palabras y obras, omisiones é ignorancias, son cuasi infinitas en el número; viene á padecer mi alma otro tanto número de penas y tristezas infinitas: y como no hay instante que con esta infinidad de culpas no sea mi Padre ofendido, no hay instante que mi alma no padezca la misma infinidad de penas y tristezas que de cada una de esas se le originan. Piensa, cristiano, que no eran solo las culpas que actualmente se hacían en el mundo, las que affligían aquel divino corazón, sino todas las que se hacían, y se habían hecho desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin: porque por todas satisfacía y había de satisfacer; y así allí concurren las tuyas á affigirle, á atormentar aquella santísima alma: aborrécelas, pues, si amas á este Señor, y no es razón que aflijas tanto á quien tanto debes amar.

193. Considera con la misma revelación de nuestra Señora la segunda causa de las penas del Señor, que se la reveló también á su Madre santísima, diciéndole: sabed, Madre, que mi alma conoce en mi divinidad el amor que mi Padre tiene á las almas, que es infinito; y como las ama infinitamente, infinitamente se compadece de su perdición; y si pudiera padecer y morir en sí por cada una de ellas, padeciera y muriera muerte y penas infinitas. Mi alma, que conoce este amor y compasión en mi Padre, se viste del mismo amor y compasión, como el hierro que está en la fragua se viste del mismo fuego, y se abrasa en un incendio de amor de las almas inefable, de inmensa y excesiva compasión de la perdición de cada una: y como según la porción inferior puede padecer; desde aquel primer instante que fui concebido en vuestras purísimas entrañas se ofreció á padecer por cada una tristezas, dolores, aflicciones y penas infinitas: y como ellas son innumerables, desde aquel instante